

Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: libreria española, de Hidalgo, rue Pavé St. André, núm. 3.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Ciudadela y ciudad de Bou-Saada.—Posesiones africanas.—Una comedia en tres actos. (Conclusion).—Estudios histórico-biográficos: don Pedro II, emperador del Brasil.—Lord Wellington.—La huérfana del Pirineo, novela por don J. M. Goizueta. (Continuación).—Montenegro y los montenegrinos.—El rey de la isla de Córcega.

GRABADOS. Ciudadela de Bou-Saada.—Don Pedro II, emperador del Brasil.—Lord Wellington.—Misterios del teatro: ocho grabados.

Ciudadela y ciudad de Bou-Saada.—Posesiones africanas.

La ciudad de Bou-Saada, situada por los 57° de latitud y 2° 25' de longitud Este, está separada del Tell por la inmensa llanura del Hodna, que algunas veces se ha llamado el Pequeño Desierto, predominando la creencia de buscar desiertos en todas partes, según los antiguos mapas geográficos. Esta es una llanura unida como la mar, de cuarenta leguas de Este á Oeste, y de veinte leguas de Norte á Sur; produce bastantes cereales merced á las frecuentes irrigaciones, y cuando los años son lluviosos, se atreven los árabes á llevar á cabo sus cultivos sin necesidad de irrigaciones en las partes

mas bajas; pero rara vez obtienen un éxito conforme á sus esperanzas.

Bou-Saada, que acaban de ocupar los franceses, tiene un puesto fortificado, que contiene una guarnición de 200 hombres, y está situado al pie de la entrada de la larga cordillera de montañas que limita el Hodna al Sur, y le separa del Sahara.

Es un verdadero puerto sobre este mar sin agua; la analogía es sorprendente. He aquí las circunstancias que ha hecho decidir la ocupación de este punto. La población de la ciudad que cuenta cerca de 5,000 almas, se divide en siete fracciones, formando como en casi todas las ciudades del Sur, dos confederaciones enemigas; á la cabeza de una está la fracción de los mahaminos, la mas numerosa y la mas comerciante, y á la cabeza de la otra la fracción de los ouled-atig, que se creen mas nobles que sus rivales, aun cuando en realidad no lo sean, y cuya influencia ha sido predominante en otro tiempo.

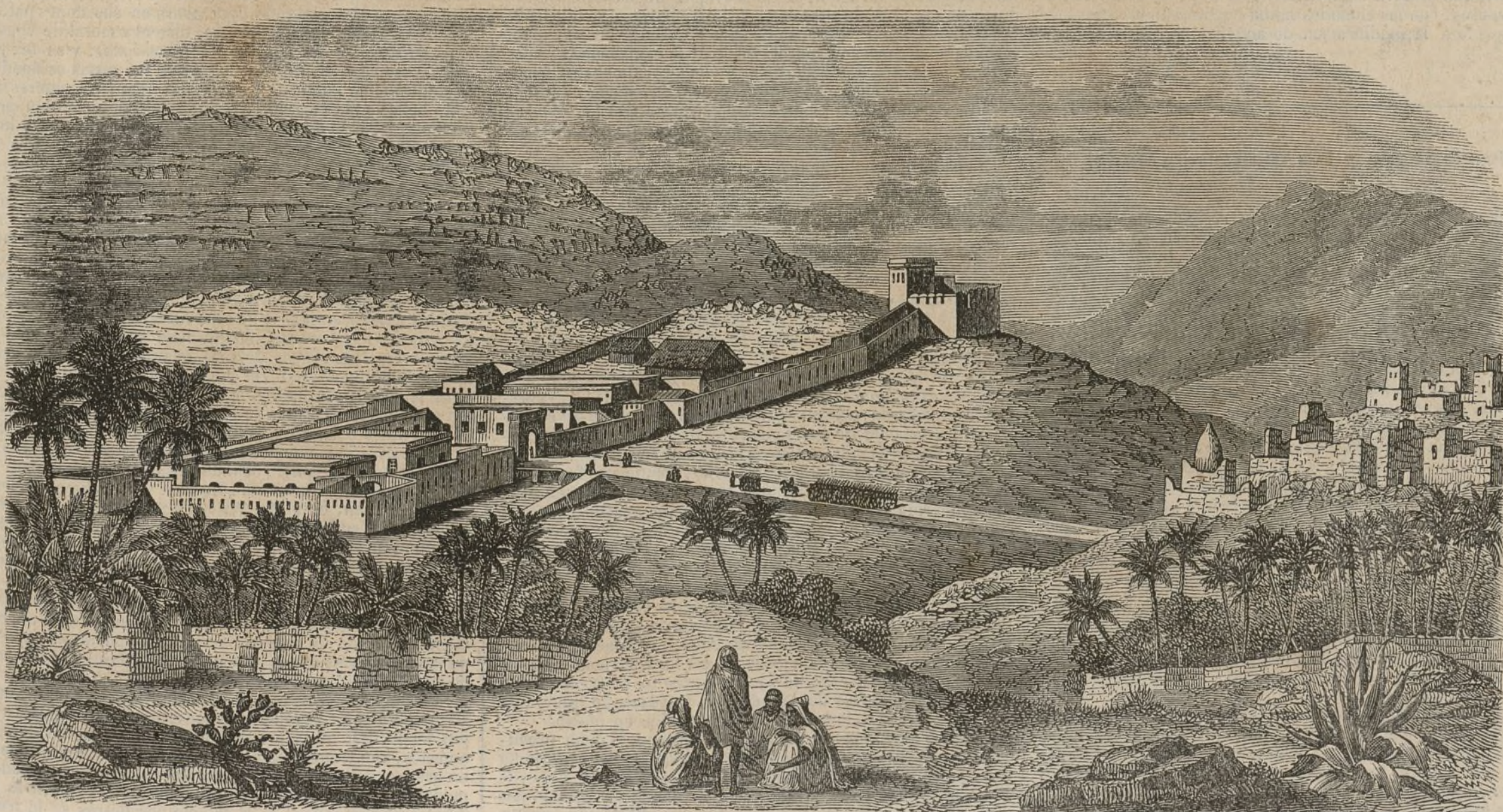
Desde la toma de posesión del país, que jamás dió lugar á protesta alguna por parte de los habitantes de Bou-Saada, ciudadanos poco turbulentos, los franceses nombraron cheik de toda la ciudad al cheik de los mahaminos, Bel-Gomvi, viejo mercader muy activo, y con bastante sentido común para ser un árabe.

Durante el período mas fatal del sitio de Zaatcha, un subteniente francés llamado Mr. Lapeyre, se encontraba en Bou-Saada con unos 70 hombres, procedentes de distintos cuerpos.—Había entre los habitantes un marabut muy venerado

á treinta leguas á la redonda, por su saber y su piedad; este marabut llamado Ben-Chabira era un honrado anciano, que siempre habia sido muy apacible hasta entonces; pero Ben-Chabira era amigo del marabut Bou-Zian, el famoso mártir de Zaatcha: la famosa defensa de este y el mal aspecto que tomaban entonces los negocios franceses, calentaron la cabeza de Ben-Chabira, y creyó que el momento de la destrucción de los cristianos era llegado, aquel momento predicho por los profetas, y en el cual creen todos los musulmanes como en su propia existencia.

Ben-Chabira procuró, pues, sublevar el país contra los franceses. El viejo cheik Bel-Gomvi, que según parece, no creía todavía que fuese llegado el momento, ni que Bou-Zian fuese el Moule-Saa (el hombre del momento), advirtió al oficial francés de lo que se tramaba, y le dijo que para sofocar la revolución, era necesario prender en seguida á tal y tal habitante.

Pero ciertas instrucciones reservadas recomendaban á Mr. Lapeyre que desconfiase un poco de Bel-Gomvi, y que tuviese cuidado de que por servir los odios personales de este último, no fuese conducido á tomar medidas impolíticas. Por otra parte, los gefes de la conspiración acababan de acusar á Bel-Gomvi de malos designios, asegurando su adhesión por los franceses; el oficial no sabía á quien creer, y se contentaba con permanecer en la expectativa. En fin, estalló la revolución, y el suceso probó á todas luces que Bel-Gomvi era fiel á los franceses. La alta ciudad, que constituía el partido de los ouled-atig se declaró en plena insurrección, y pro-



Ciudadela de Bou-Saada.

curó forzar la ciudad baja para destruir al puñado de franceses que se encontraban allí.

En estas críticas circunstancias, Bel-Gomvi desplegó en favor de los franceses un valor y una actividad notables. Barricadas, avanzadas, centinelas; dispuso todo esto con la facilidad que le daban el conocimiento perfecto de la ciudad y la experiencia del género de guerra que allí se hacía ordinariamente.

Los ouled-ahmem-ben-Fenad, fracción vecina de la ciudad, descendieron de sus montañas y unieron su contingente al partido revoltoso para batirse de una manera desesperada como siempre lo habían verificado en las luchas intestinas de Bou-Saada.

Por una singular casualidad, un joven, caballero ruso que visitaba la Argelia, se encontraba entonces de paso en la ciudad, y salió con su fusil a las calles, a pesar de las lamentaciones de su preceptor que procuraba hacerle evitar el peligro.

Los hijos de Bel-Gomvi, jóvenes bastante instruidos para ser árabes, y de una grande inteligencia, habían sido educados por Ben-Chabira; tenían por este anciano una grande veneración, y fué necesaria toda la autoridad del padre para que se adhieran al partido de los franceses. Pero una vez empeñada la lucha cumplieron perfectamente con su deber, y el mayor fué muerto de un balazo en una escaramuza.

Sin embargo, la posición de los soldados franceses, bloqueados de este modo á cincuenta leguas de Setif, era muy atrevida y peligrosa. Bel-Gomvi, hubiera logrado su intento reteniendo largo tiempo la mitad de la población en el partido francés? Esto era dudoso. Por eso Mr. Lapeyre se apresuró á dar aviso de su situación al capitán Peni, que mandaba en jefe interinamente en Bordj-bou-Averidj.

Al recibir el parte, el capitán Peni tomó una resolución atrevida y generosa. Partió inmediatamente para Bou-Saada con una compañía de soldados, única fuerza de que podía disponer. Había que andar treinta leguas, y no sabía en que disposición se hallaba el país que tenía que recorrer. Felizmente halló á los ouled-madhi muy sometidos; tomó al paso de entre ellos una media compañía de caballeros, y reforzó la pequeña guarnición francesa, y desde entonces no tuvo ya nada que temer.

Ben-Chabira había logrado escaparse con su familia y pasó al Sur, como todos los agitadores que los franceses redujeron á la impotencia, y al cabo de algunos meses fué abandonado por sus mugeres, que no quisieron dividir mas tiempo con el su destierro y regresaron á Bou-Saada. Tales son los hechos que decidieron al general Charon, entonces gobernador de la Argelia á pedir la construcción de una ciudadela en esta ciudad, cuya importancia comercial es bastante grande como ciudad de tránsito, y que se encuentra en el camino de Zibaus, en Argel. Gracias á la firme voluntad del general Bosquet, que ha sabido imprimir en la subdivisión de Setif una actividad notable, en poco menos de un año, el fuerte, aunque bastante considerable, era construido y ocupado.

Gracias á la protección francesa, su suerte mejora ya sensiblemente. Las facciones de estas tribus tienen nombres muy singulares y poco poéticos: los Ouled-el Atrouch, los Ouled-el-Aoueur, los Ouled-Saxi, etc., es decir, los hijos del Sordo, del Borracho, del Mendigo, del Negro, de la Tortuga, de la Vibora corona, etc.

Con estos nombres, sus costumbres y su albornoz cubierto de mil piezas groseramente cosidas, un ouled-nayl representa bastante bien á un truhan de la corte de los Milagros.

Es preciso esperar que la dominación francesa, haciendo á la tribu de los ouled-nayl, menos miserable, la hará perder su triste especialidad, así como sería de desear que hiciese tomar á todos los habitantes de la Argelia, el casamiento y la paternidad de un modo mas directo; pues la familia no existe, por decirlo así, mas que en el nombre en esta región africana. Desgraciadamente hasta hoy, el contacto de los franceses, con las ciudades no ha hecho grandes progresos respecto á la modificación de aquellas costumbres bárbaras.

J. F.

Montenegro y los montenegrinos.

«Los montenegrinos, en la victoria recientemente conseguida por ellos contra Osman, bajá de Scutari, han quitado al enemigo diez y siete banderas, y cortado trescientas diez y siete cabezas á los turcos.» Tal era la noticia contenida en uno de los últimos boletines que hemos recibido del teatro de la guerra entre los montenegrinos y los turcos. ¡Cómo! ¿Existen todavía en Europa, á algunos pasos de la frontera de las posesiones austriacas, un pueblo que se entregue á tales excesos de inhumanidad y de crueldad? ¡Un pueblo!..... para ser mas exacto deberíamos decir, una horda de bandidos desalmados. ¿Cómo pueden conciliar los montenegrinos estos actos de venganza sanguinaria, con el horror que experimentan por la pena de muerte? Jamás hay ejecuciones en Montenegro; cuando un individuo se hace culpable de un crimen, jamás se le impone otro castigo que el destierro; el gobierno no se cree con el derecho de poder privar á un hombre de la vida. Un viajero que habló de esta materia con el gobernador de Montenegro: «¡Ah! dijo el último con acento enternecido, sería digno de las naciones mas sabias y mas ilustradas que borrasen enteramente de su código criminal la pena de muerte; se condena al homicida y se le consagra jurídicamente. Sed, pues, consecuentes: ¿es cosa legítima arrancar al hombre por las leyes lo que ellas no pueden devolverle? Los publicistas filántropos, y los moralistas que predicán la abolición de la pena de muerte no han dado otros argumentos en favor de su opinión.

Esta bárbara costumbre de cortar la cabeza á sus enemigos, costumbre que disculparíamos si se tratara de los pueblos salvajes de las islas de la Polinesia, ó de las tribus feroces que habitan los bosques de América, existe entre los montenegrinos desde tiempo inmemorial; y no parece que cesará tan pronto á pesar de los generosos esfuerzos de algunos europeos para poner un término á estas atrocidades.

Mientras que los montenegrinos sean vecinos de los turcos, se renovarán estas escenas de barbarie. Reina entre ambos pueblos un odio encarnizado, implacable hace ya muchos siglos: á cada momento aparecen incursiones sobre el territorio enemigo y los saqueos y las devastaciones mas inusitadas. En Montenegro, en el acto de nacer un niño, todos forman votos sobre su cuna, entre los cuales figura invariablemente el de: «De cualquier modo que sea, para siempre, odio irreconciliable con los turcos,» y otros deseos que concuerdan mal con el primero: «¡Que su alma sea dulce como la claridad de la luna! ¡Que la miel corra por su corazón, y que siempre esté sano como la mejor encina de nuestros bosques!» Subamos á una de las rocas que forman la línea de la demarcación entre los dos países, y dirijámonos la vista hacia las campiñas de acá y allá, y veremos á un lado labradores montenegrinos, y al otro lado el mismo espectáculo. A la primera señal, al primer alerta, nuestros labradores ponen sus buyes en completa seguridad, y corren al punto amenazando; se emprende un combate encarnizado, y luego todos regresan á sus casas con las cabezas de sus enemigos en la punta de sus picas. Un viajero inglés, sir Gardner Wilkinson, que en estos últimos tiempos ha visitado la Dalmacia y el Montenegro, y cuya relación de viaje (*Dalmatia and Montenegro with a journey to Mostar in Herzegovina, and remarks on the slavonic nations*), nos ha servido de guía para este trabajo, refiere que al llegar á Cetique, la capital del país, distinguió una roca cuya vista le llenó de horror. «En la cima se elevaba una torre redonda; allí conté unas veinte cabezas de turcos colgadas en derredor del parapeto; estos eran los trofeos de una victoria montenegrina. Al pie se veían dispersos sobre la roca despojos de cráneos y osamentas que el tiempo había convertido en pedazos. ¡Espectáculo extraño en un país cristiano, en un país de Europa y en las inmediaciones de un convento! Naturalmente no se podían encontrar rasgos bien conservados, no se podía reconocer la fisonomía turca sobre aquellas cabezas, de las cuales algunas hacia muchos años que se veían allí espuestas. Pero el rostro de un hombre joven llamó mi atención de un modo particular. La contracción de su labio superior, que dejaba ver una hilera de dientes muy blancos, tenía una expresión de horror singular que indicaba que había sufrido mucho, bien de miedo, bien de dolor en el momento de la muerte.» Todavía guardan en Cetique en la misma habitación del *vladika*, el cráneo del bajá de Albania, Kara-Mahmond Bushathia, que á fines del siglo último fué derrotado á la cabeza de treinta mil hombres, y tuvo la cabeza cortada por los montenegrinos, que jamás han querido restituirla, a pesar de las instancias de la Puerta. Del mismo modo los indios de América conservan preciosamente las cabelleras que han quitado con la ayuda del escalpelo. Pero los montenegrinos no recogieron jamás una cosecha mas abundante de cabezas que en la famosa jornada de 22 de setiembre de 1798, cuando Ali, el poderoso y altanero bajá de Janina, abandonando la molición de su serrallo, se adelantó contra los montenegrinos á la cabeza de un ejército de setenta mil otomanos, con el intento de castigar el orgullo de estos intratables montañeses, que habían osado resistir á sus generales, rehusando pagar el tributo que arbitrariamente les habían impuesto. Unos cuantos millares de montenegrinos derrotaron esta fuerza considerable.

Bajo el imperio francés, cuando la Dalmacia fué provincia francesa, los montenegrinos, aliados de los rusos, hicieron sufrir algunas derrotas á las tropas francesas; consiguieron llevar á una emboscada al valiente general *Delgorgues*, á quien le cortaron la cabeza, según su costumbre; fué despojado de su traje de general, y que se mostró algunos años después, como puede verse en la obra de Mr. Violla de Sommieres, tomo I, pág. 316, (*Viage histórico y político al Montenegro*, etc., etc.) El autor, que dirigió el estado mayor de la segunda división del ejército de Iliria en Ragusa, desde 1807 hasta 1815, y llenó las funciones de comandante en Castel-Nuovo, y de gobernador de la provincia de Cattaro, se indigna de los actos de atrocidad y de barbarie cometidos por los montenegrinos. «Durante el sitio de Castel-Nuovo, dice, algunos montenegrinos, en el delirio de la embriaguez, se divertían en jugar á las guillas con las cabezas de cuatro franceses, apostrofándolas con ultrajes. ¡Gleda, gleda, (mirad, mirad), decían á cada momento, que bien ruedan las cabezas francesas!..... Ironía cruel, para aludir sin duda á la ligereza que se nos imputa.»

Estos feroces guerreros hacen á sus hermanos el servicio de cortarles la cabeza cuando ven á estos tendidos en el campo de batalla, vivos, pero heridos é incapaces de resistir al enemigo que se acerca. Ademas consideran como irrevocablemente condenados á perecer á los prisioneros. Citemos con este propósito un hecho característico, tomado de la relación de Bronienski, oficial de la marina rusa. Esto sucedió durante la guerra que mencionamos, y las montenegrinos obraban de concierto con los rusos. «En el asedio de Clobuk, un destacamento de nuestro ejército se vió obligado á declararse en retirada: un oficial que ya no era muy joven, agoviado por la fatiga, se tiró en tierra por no poder seguir mas adelante. Un montenegrino lo vió y corrió hacia él, y sacando su yatagan: «*Sois valiente, amigo mio, y en su consecuencia debéis desear que yo os corte la cabeza; rezad y haced el signo de la cruz.*» Aterrorizado con semejante proposición, el oficial hizo el último esfuerzo, reunió sus fuerzas, y va á reunirse con sus camaradas, ayudado del complaciente montenegrino.» Citemos otra anécdota del mismo género y será la última. Hace unos doce años, durante una guerra entre los austriacos y los montenegrinos, dos tirolese imperiales, viéndose vivamente oprimidos por un puñado de estos montañeses, colocados en vanguardia, se tiraron boca á bajo fingiéndose muertos, ó sirviéndose de la expresión inglesa, que es mas original, *pretending to be dead*. Al punto los montenegrinos se lanzan sobre uno de ellos, creyendo que estaba muerto y le cortan la cabeza; el otro que conoció que no sacaba ningún provecho fingiéndose muerto, pega un salto y se precipita á través de los abismos á riesgo de quebrarse brazos y piernas, lo que le llegó á suceder en efecto.

Hemos dicho mas arriba que los europeos habían procurado hacer renunciar á los montenegrinos á su sangrienta costumbre. Bronienski refiere que el general en jefe del ejército ruso lo consiguió en esta ocasión dando un ducado por cada prisionero. En la obra de sir Gardner Wilkinson, encontramos una carta de este viajero dirigida á un *vladika* del

Montenegro y relativo al mismo asunto. Con efecto, habían encargado á Mr. Wilkinson, que después de haber visitado el territorio de los montenegrinos había pasado á Turquía, negociar con el bajá de una provincia vecina, el Herzegovine, para que por su parte los turcos renunciasen á un uso que reprueba la civilización actual. Esta carta, escrita en francés, ó mas bien en *anglo-francés*, y la respuesta del *vladika* en lengua italiana, son muy curiosas. Las citaremos con mucho gusto si no fuera por su esesiva extensión.

Montenegro es un territorio erizado de sombrías rocas, enclavado por tres partes, al Norte, al Este y al Sur, en el imperio turco, en tanto que la Dalmacia y la provincia de Cattaro le confinan con el Oeste, y situado entre los 42° 10' y 42° 56' de latitud Norte, y los 18° 41' y 20° y 22' de longitud Este. Los turcos le designan bajo el nombre de *Karadagh*, y los montenegrinos bajo el de *Izernagora* ó *Cerragora*; estas diferentes denominaciones significan todas, *Montañas negras*. El Montenegro formaba en otro tiempo la parte Sudoeste del imperio de Serbia, destruido por los turcos en 1859, después de la sangrienta batalla de Kossovo, donde pereció el rey Lázaro. El país con sus montes, atravesado por estrechos desfiladeros con sus rocas á pico sembradas de precipicios, da una idea de lo que debía ser el mundo en la época del caos, y mientras mas se avanza en el interior, mas nos convencemos de la verdad de aquella leyenda montenegrina, según la cual *Dios, cuando creó el mundo, tenía las rocas revueltas en un saco, y las echó una á una sobre la superficie del globo, pero de pronto se rompió el saco y la masa cayó toda sobre el Montenegro*. Su extensión tiene unas 50 millas de Norte á Sudoeste y 50 del Este al Oeste. Se divide en ocho departamentos ó *nahias*, gobernados por *sirdares* y *wiades*, dignidades hereditarias en ciertas familias y puramente honoríficas. Por lo demás, ninguna función es retribuida en este país. ¡Dichoso país! Los *nahias* se dividen en comunes ó *plemenas*, regidas por *knés*, es decir, condes y *berahdares* ó porta-estandartes. He aquí el nombre de ocho *nahias* con el número de sus comunes y la cifra de su población:—1.ª *Tchernitza*, siete comunes, 12,000 habitantes.—2.ª *Katunska* ó *Cattuni*, nueve comunes, 54,000 habitantes.—3.ª *Rieska*, cinco comunes, 11,500 habitantes.—4.ª *Liessauska*, tres comunes, 4,000 habitantes.—5.ª *Belopavli-chi*, tres comunes, 14,000 habitantes.—6.ª *Piperi*, tres comunes, 8,500 habitantes.—7.ª *Moraca*, tres comunes, 9,100 habitantes.—8.ª *Kutska*, cinco comunes, 16,500 habitantes, lo cual constituye una población de cerca de 100,000 almas. El número de los habitantes se ha aumentado considerablemente desde 1692, época en la cual el país no contaba mas que 15,498, según la estadística hecha por Geromo Delfin en la república de Venecia. ¿A qué deberá atribuirse este prodigioso acrecentamiento de población? A la tiranía de los turcos, que han obligado á comunes enteros á buscar un asilo detrás de las montañas intacables del Montenegro, en medio de un pueblo enemigo natural de los otomanos.

El extranjero que atraviesa el Montenegro queda asombrado al recibir en casa de estos rudos montañeses una hospitalidad tan franca y tan cordial. Se le prodigan señales de ternura; los hombres le abrazan de la manera mas familiar, lo cual dejó estupefacto á Wilkinson, porque los montenegrinos no solamente besan en las mejillas sino hasta en los labios. «Distribuyen, nos dice el viajero, estos signos de afección con una prodiga generosidad. Cuando me encontraba á punto de sufrir estos actos de amistad, y no veía ningún medio de escaparme, entonces giraba mi cabeza hacia otro lado para evitar el beso de este amigo improvisado—yo debería decir mas bien de este enemigo—y solo permanecía impasible cuando aquel era mas moderado en sus demostraciones amistosas; pero tenía que entablar sobre la marcha alguna conversacion para no darle tiempo de que se admirase de mi extraño comportamiento.» Las mugeres, al contrario, se limitan á besarnos la mano, lo cual hace exclamar á nuestro autor: «Mejor sería que los papeles se cambiaran.» Pero yo pregunté á monsieur Wilkinson si ganaría realmente en el cambio, porque la naturaleza se ha mostrado muy avara en sus dones para las mugeres del Montenegro. «Son feas, dice el general de Vaudoncourt (*Historia y descripción del Montenegro*), y su tez tiene cierta cosa repugnante. Solamente en las costas es donde se encuentran, en Dalmacia y en la Alta Albania, mugeres bastante bellas que conservan rasgos visibles de su origen griego ó italiano.» Por lo demás, los duros trabajos que se las imponen destruyen bien pronto la belleza de sus facciones, la gracia y la frescura de su rostro. Las mugeres entre los montenegrinos experimentan una especie de esclavitud; y delante de un extranjero nunca se habla de ellas; pero si por una casualidad el marido se ve obligado á nombrar á su esposa, tiene cuidado de excusarse de ello por medio de estas fórmulas. *os pido perdon; salvo vuestro respeto*, y otras cosas semejantes. Las mugeres se encargan de los trabajos del campo, excepto del cuidado de la labor; ellas trasladan los fardos, y fardos talmente pesados, que un hombre de nuestros países de Asturias ó Galicia sucumbiría bajo su peso. Durante este tiempo el marido reposa delante de su cabaña, fumando perezosamente en su pipa, *the pipe idleness*, como dice Mr. Wilkinson, entonando algunas de aquellas canciones donde están pintadas las hazañas de los montenegrinos contra los turcos. Su única ocupación, el único oficio que cree digno de él, es el de hacer las incursiones sobre el territorio otomano.

Es bastante singular, cuando se sabe de qué manera tratan los montenegrinos á sus mugeres, y á que penosos trabajos los someten, oír á Mr. Violla de Sommieres exclamar con entusiasmo: «¡Oh, sexo á quien un corazón bien colocado debe honrar y querer! ¡Cuán digno de estimación es este pueblo que tan bien sabe apreciar tus virtudes y reconocer tu verdadero imperio!» Y nuestro viajero parte de aquí para lanzarse en una pomposa tirada: «Si, sin tí, sexo consolador, sin tus miradas animosas, etc., etc.,» donde reina un sentimiento esquisito de galantería, tal como puede esperarse de un jefe militar español, pero que no nos parece exacto, cuando se trata del Montenegro.

El traje de las mugeres en los dias festivos consiste en una ancha bata con corpiño sin mangas, abierta por delante, que desciende casi hasta los tobillos y guarnecida de diferentes adornos, con trenzas de colores, etc.; las guarniciones son de oro por delante; en derredor del cuello se ponen cadenas, medallas de oro, collares; llevan bucles y magníficos pendientes en sus orejas, y el cabello por detrás se lo trenzan de una manera particular. Las jóvenes solteras se ponen en

la cabeza una especie de cinta encarnada, adornada por delante con una cantidad de medallas turcas de plata, de *pazas* escalonadas las unas sobre las otras, de donde desciende sobre los hombros un velo bordado. Las mugeres casadas llevan una cinta parecida, excepto los *pazas*, que se reemplazan con una cinta de seda negra, ó con una venda con guarniciones doradas. Su camisa aparece bordada sobre el pecho, así como sus anchas mangas; algunas veces estas caen hasta los tobillos. Su calzado es lo mismo que el de los morlacos, es decir, sandalias, llamadas *opanche*, de cuero de buey. Estos *opanches* son indispensables para todo el que quiera recorrer los senderos difíciles del Montenegro; cuando uno se acostumbra á este calzado, dice Mr. Wilkinson, se prefiere á cualquier otro.

Se concibe que la vida que tienen las mugeres del Montenegro debe hacerlas extraordinariamente robustas. Por eso lo que es para las mugeres de otros países causa de violentos dolores, no es mas que un juego para ellas. Durante el tiempo de su preñez, no interrumpen para nada sus trabajos habituales, paren en el mismo parage donde se hallan y muy á menudo en medio de los campos, sin socorros de ninguna especie y sin proferir una queja. Cuando han vuelto á tomar el uso de sus sentidos envuelven al recién nacido y le llevan para lavarle en la fuente mas cercana, ó simplemente en el arroyo mas inmediato. En la ceremonia del bautismo, el padre coloca al lado de la criatura—en caso de que esta sea un varón—pistolas, un yatagan, etc., á fin de que sus ojos se acostumbren á la vista de las armas que algun dia manejará él mismo. Educado de esta manera, el joven montenegrino llega á ser digno émulo de su padre. El traje de los hombres tiene muchos puntos de semejanza con el de los albaneses; lo mismo que los albaneses llevan bigotes, pero barba jamás; solamente los sacerdotes y los que se dedican al estado eclesiástico están exceptuados de esta última regla. Los montenegrinos tienen una estatura elevada; nada mas comun entre ellos que los hombres de seis pies y bastantes pulgadas. Son ágiles, vigorosos; su voz es clara y de tal manera fuerte, que pueden conversar á un cuarto de legua de distancia. No invitamos el hecho que certifican Vialla de Sommieres, Wilkinson y otros autores, de los cuales uno de ellos dice, que atravesando un riachuelo en una barca fué apostrofado por un habitante de una de las aldeas de la ribera, situado á dos millas de allí. Dotados de una salud excelente, consiguen llegar á una edad muy avanzada. Vialla de Sommieres habla de una familia, en el seno de la cual fué recibido, en la aldea de Schiechlich, cerca de Negosh, que contaba seis generaciones. El jefe de esta familia tenia 117 años, el hijo 100, el nieto 82, el segundo nieto 60; el hijo de este, de edad de 45 años, tenia un hijo de 21, el cual era padre de un niño de 2 años.

La capital de Montenegro se encuentra en la *nahia* de Katumsk ó Catturi y Cettique, de seguro la mas pobre y la mas pequeña de las capitales de Europa, puesto que no contiene mas que unas veinte casas. Mr. Wilkinson duda entre la cifra de diez y nueve ó veinte, aunque á nuestro entender no le hubiera sido muy difícil saber el número exacto. Las cercanías de esta ciudad, son áridas, desnudas y desoladas. Cettique es la residencia del vladika. Despues del palacio de este ultimo, la palabra palacio creo que es demasiado ambiciosa, puede llamarse una barraca, se eleva un convento, fundado en 1485 por Ivan Izernevich, y muchas veces saqueado, destruido y quemado por los turcos. Allí se conservan los tesoros, las ropas pontificales, las mitras adornadas de piedras preciosas, las cruces enriquecidas de diamantes, los cálices y otros objetos de valor, debidos á la liberalidad de los emperadores de Rusia, que ejercen una especie de patrocinio religioso sobre el Montenegro, donde se practica, como se sabe, el rito griego. La Rusia paga al vladika una pensión anual de 47,000 florines. Frente al convento de Cettique, que contiene la tumba de este vladika, célebre por la resistencia que opuso á los diversos bajás enviados contra él, se levanta la hedionda torre de que ya hemos hecho mencion.

El gobierno está confiado á un *vladika*, palabra que significa *príncipe* ó *comandante*. Esta dignidad se trasmite hereditariamente en la familia de los Petrowecht. En otro tiempo el vladika dividia su autoridad con un gobernador, pero en 1852, las funciones de este último fueron abolidas, y el poder pasó enteramente á las manos del príncipe-obispo, de suerte, que hasta 1851, el vladika une al encargo de gran sacerdote, los de comandante civil, general en jefe del ejército, de juez, etc. Cuando se dirigen á él, es costumbre darle el título de *sveti vladika* (*sveti* quiere decir santo), pero en la conversacion se le designa bajo el nombre de *gospodar* (señor). En los documentos oficiales se le llama algunas veces *metropolitano de Scutaria* ó *Scutari*. El vladika sigue, para el arreglo de su mesa las costumbres europeas, pero cierto viagero quedó muy admirado de encontrar allí un desayuno servido exactamente á la inglesa. El lenguaje preferido por el vladika para hablar á los extranjeros es el francés, aun cuando entendié el italiano y el alemán. El vladika á que nos referimos, y del cual hacen muchos elogios por sus maneras afables y políticas y por su grande hospitalidad hacia los extranjeros, era tío del obispo actual. Murió el 51 de octubre de 1851. Era un hombre de los mas notables por la vivacidad de su ingenio, y por la estension de sus conocimientos. Aunque habia dado en muchas ocasiones pruebas de su valor desdeñó la guerra, é hizo los mayores esfuerzos para dirigir hacia otra parte el espíritu de actividad de los montenegrinos. Ninguno sabia mejor que él hacer la puntería con un cañon; nadie era mas diestro que él en hacer que diera en el blanco la bala de la pistola ó del fusil, de tal modo que casi nunca dejaba de atravesar un limon que uno de sus criados tiraba por alto para este efecto.

El personaje de mas consideracion despues del vladika es el *archimandrita*, que reside en Ostrok, en la frontera de Herzegovine.

La pesca es un gran recurso para los montenegrinos, tanto como la conservacion de los rebaños de carneros y la agricultura. Por lo demas carecen de industria, y no hacen otro comercio que el de la venta de sus carneros en Cattaro y en Ragusa. Podrian sacar un gran partido de la madera de sus bosques, si tuvieran un gusto decidido por las especulaciones. Lo mismo que los árabes, son pastores, y saben batirse... y nada mas.

G. P.

INSTRUCCION PUBLICA. En los estados austriacos alemanes, se dedica hoy dia un número mucho mayor de jóvenes á los estudios artísticos, con preferencia á los puramente científicos. Arquitectos, ingenieros, mecánicos, químicos, agrónomos, hallan desde luego mucho mejor una colocacion que los individuos de otras carreras. Como ejemplo puede citarse especialmente á la universidad de Gratz, en la cual contó la facultad de Jurisprudencia en 1850 todavía 400, en el siguiente, 280 estudiantes, mientras que en el que corre hay solamente 100. Por el contrario, influyó la medida de declarar gratuitas las matriculas en las universidades de Italia, en términos que á la de Padua sola acudieron hasta 2,000 estudiantes.

—Con cada año que pasa se aumenta en Polonia notablemente el número de los establecimientos de instruccion pública. Hace dos años habia en todo el país 1,561 escuelas públicas, á las cuales asistían 82,942 alumnos. La poblacion de la Polonia contaba en la misma época 4,810,753 almas, de manera que para cada 37 personas resulta un individuo asistente á ellas, mientras que en Prusia se cuenta uno por cada siete personas.

Estudios histórico-biográficos.

DON PEDRO II, EMPERADOR DEL BRASIL.

Hay en América un príncipe y un país que la Europa no conoce mas que de nombre. El príncipe es descendiente legítimo de las tres primeras casas reales de Europa: Borbon, Austria, y Bretaña; don Pedro II, hijo de don Pedro I de Braganza y Borbon, y de la archiduquesa de Austria Leopoldina, hermana de Maria Luisa, emperatriz de Francia. El país sobre el cual reina este príncipe, es el Brasil, vasto imperio que cuenta sobre el Océano novecientas leguas de costa, y que atraviesa en todos sentidos los mas hermosos rios del mundo, país rico y fértil entre todos, de un clima dulce y saludable, que se adelanta ya con paso vigoroso hacia el magnífico porvenir que le reserva el cielo.

Por lo tanto, tanto el país, como el príncipe, merecen ser conocidos.

El Brasil, no era mas que una simple colonia de Portugal cuando en 1807, la reina doña Maria, su hijo don Juan VI y toda la familia real de Braganza, huyendo delante de las armas victoriosas del emperador Napoleon, abandonaron á Lisboa, para buscar un asilo y un trono indisputable en Rio Janeiro. Desde este momento se cambiaron las categorías; la metrópoli se convertia en colonia, y la colonia se elevaba al rango de la metrópoli. Rio Janeiro permaneció siendo la capital del reino de Portugal hasta la época (1821) en que estalló el movimiento liberal en Lisboa, en Oporto y en las principales ciudades de la Lusitania. El peligro era grave, y el rey don Juan no titubeó: para salvar sus posesiones europeas, se embarcó inmediatamente para Lisboa con su familia, dejando en Rio Janeiro, en calidad de regente, á su hijo mayor don Pedro, que acababa de unirse á la archiduquesa Leopoldina.

Don Juan era un hábil político: de las dos mitades de su corona estaba casi cierto de perder la una ó la otra. Si él quedaba en el Brasil, Portugal se emancipaba y entraba en la via de las aventuras á imitacion de España, y si dejaba á Rio Janeiro, el Brasil, ya independiente de hecho, debía tender á separarse definitivamente de Portugal. En esta peligrosa alternativa, el monarca tomó el partido que le proporcionaba mas probabilidades de conservar los dos estados bajo el mismo cetro ó al menos mantener el uno y el otro bajo la dominacion de su familia. Esperaba que el regente su hijo contendría las tendencias revolucionarias del espíritu americano; pero si la revolucion era mas fuerte, si el odio al yugo metropolitano lanzaba al Brasil á la independencia, don Pedro debía dirigir el movimiento en provecho suyo, y la antigua monarquía portuguesa tendria dos tronos en lugar de uno para la casa de Braganza.

Esta última eventualidad debía realizarse; ningún poder humano puede detener la fuerza de las cosas. Mientras mas el Brasil se esforzaba en emanciparse del carácter subordinado de colonia, mas se obstinaba Portugal en plegarle á él de nuevo. Lisboa no se habia olvidado de las tradiciones de la supremacía metropolitana; pero el Brasil que habia vivido durante quince años con su vida propia, no pudo resignarse á volver á tomar sus cadenas coloniales, y se levantó para romperlas.

Don Pedro era un príncipe dotado de cualidades admirables: era menos un monarca que un caballero de los antiguos tiempos, pronto á todas las resoluciones generosas, á todas las empresas arriesgadas. Comprendió al punto lo irresistible que era el movimiento del Brasil, y se lanzó en él para dirigirle, contenerle, y para obedecer á su carácter aventurero. Proclamó solemnemente la independencia del Brasil, para siempre separado de Portugal, y el Brasil por su parte le aclamó por su emperador. Para obedecer á la inclinacion del siglo y á las exigencias de las revoluciones, convocó inmediatamente una asamblea encargada de formular la constitucion que debía regir el nuevo imperio.

La guerra con Portugal fué corta: algunas naves brasileñas vinieron á cruzar la embocadura del Tajo, y se apoderaron de un escaso número de buques mercantes: el comercio de Lisboa puso el grito en el cielo, y el gobierno del rey Juan VI, se vió precisado á reconocer la independencia de su antigua colonia.

Sin embargo, la constituyente reunida en Rio Janeiro, hacia oficio de asamblea omnipotente; molestaba al emperador con sus caprichosas exigencias y le fatigaba con sus intrigas revolucionarias; las cosas no adelantaban y el país se desmoralizaba. Don Pedro tomó una de aquellas grandes resoluciones que salvan los pueblos y que suelen tener buen éxito cuando se ejecutan con mano firme: espulsó á la asamblea y dió él mismo una constitucion al Brasil. Esta constitucion, admirablemente apropiada á los instintos y á las necesidades de la poblacion rigió todavía en este vasto imperio. En medio de estas constituciones republicanas que se destruyeron las unas contra las otras en la América del Sur, ella ha permanecido en pie, siempre jóven y vigorosa, cada dia mas querida á la nacion que aprecia sus beneficios, y cosa curiosa, esta carta de un nuevo imperio no cuenta en este mo-

mento en el mundo entero mas que dos constituciones mas antiguas que ella, el mito que se llama, carta inglesa, y la constitucion federal de los Estados Unidos.

El dia 25 de mayo de 1825, fué proclamada y jurada la constitucion brasileña, y el 2 de diciembre del mismo año vino al mundo don Pedro II.

Poco tiempo despues, estallaron graves acontecimientos en Portugal. La muerte de don Juan VI habia dejado el trono vacante, y el infante don Miguel habia usurpado el poder supremo, con menosprecio de los derechos de doña Maria, en favor de la cual habia abdicado su padre. Los instintos caballerescos se despertaron mas ardientes que nunca en el alma de don Pedro, que se inflamó á la idea de defender el trono y los derechos de su hija, contra la usurpacion de su hermano. Algunos movimientos anárquicos agitaron el Brasil; especialmente Rio Janeiro se tomó en la jornada del 7 de abril de 1831, lo cual fué un pretexto para abdicar la corona imperial. Sabia que esta corona se ceñia sólidamente sobre la frente de su hijo, y que la corona de su hija estaba comprometida. En su heroica solicitud por los derechos legítimos de su hija, corrió don Pedro á donde estaba el obstáculo y el peligro; partió para Europa.

Se conoce la fabulosa odisea de aquel rey paladín que con algunas naves y algunos millares de soldados trabajosamente reunidos en Francia y en Inglaterra, pasó á atacar á don Miguel en el corazón de Portugal, batió las tropas del usurpador, tomó sus ciudades fortificadas, y al cabo de algunos meses de lucha arrancó á su hermano el cetro que habia arrebatado y le puso en la mano de la legítima soberana de Portugal, la reina doña Maria de la Gloria, su graciosa hija. Lo que don Pedro prodigó en esta maravillosa campaña, de ardor, de bravura y de audacia nos hacia creer en las mas sorprendentes leyendas de la edad media; pero don Pedro, no ha trabajado solamente para los futuros Ariostos, ha trabajado tambien para la historia, que pondrá su nombre en el lugar mas honroso entre los legisladores de los pueblos; ha hecho una obra que no debe perecer, al Brasil, que le debe su independencia, en unidad bajo el nombre de imperio, y admirables instituciones que le han preservado de los escollos, en medio de los cuales, los otros estados de la América del Sur han fracasado miserablemente; su obra no es menos durable y meritoria para el Portugal, á quien ha liberado de una intolerable tiranía, y á quien ha dotado de un bello conjunto de instituciones liberales, el único dique que defiende contra los desencadenamientos de la anarquía ese desgraciado país, despedazado por las facciones.

El hijo de este glorioso príncipe, don Pedro II, fué proclamado emperador á la edad de cinco años y meses: un consejo de regencia compuesto de tres miembros, tomó las riendas del gobierno, que pasaron bien pronto á las manos de un solo regente. La educacion del jóven emperador fué perfecta, y sus felices disposiciones, su gusto por el estudio hicieron singularmente fructificar las lecciones de sus preceptores. Sus dos hermanas, doña Januaria; casada en 1844, con el conde de Aquila, hermano del rey de Nápoles, y doña Francisca, casada en 1843, con el príncipe de Joinville, dividieron con igual ardor sus estudios fuertes y variados; y aquellos que han frecuentado la corte de Luis Felipe, saben que no hay muger mas espiritual y mas cumplida que la noble princesa de Joinville.

El 23 de julio de 1840, el emperador don Pedro II, fué declarado mayor de edad, y tomó el ejercicio del poder supremo; tenia entonces poco mas de quince años.

Para juzgar al jóven emperador, para apreciar todo lo que hay de buen sentido en él, de prudencia, de alta sagacidad, de firmeza, de resolucion, seria preciso seguir la historia del Brasil durante estos últimos diez años. En cada nuevo incidente se encontrarían en él aquellas cualidades que constituyen los buenos reyes, y nos quedaríamos admirados y encantados por su precoz madurez, por aquella dote especial de eminente hombre de Estado que dirige bajo su impulso la política brasileña. Nadie, ni aun sus mas eminentes consejeros, sabe mejor que él todos los secretos de la política en las cuestiones internacionales, lo mismo que en estas cuestiones de partido que crea el mecanismo constitucional; nadie ha estudiado mas, ni conoce mejor que él los ramos de la administracion hasta en sus mas minuciosos detalles. No tenemos de paso en honor del príncipe que ha dotado al imperio de una buena constitucion, que las complicaciones administrativas se han multiplicado todo cuanto ha sido preciso por un sistema de centralizacion inteligente, que deja á los consejos y á los gobernadores de las provincias la solucion de todos los negocios que no tienen un interés general.

Don Pedro II ama apasionadamente el Brasil; posee en el mas alto grado el sentimiento de sus deberes como monarca; tales son los móviles que le han sostenido en este trabajo diario, á precio del cual se adquiere el conocimiento de los hombres y de las cosas, que es la ciencia del gobierno. Su prodigiosa facilidad, su aptitud para la observacion, para comprenderlo todo, le han allanado las dificultades de esta grande tarea.

Las personas que se acercan al emperador quedan maravilladas al notar los puntos de semejanza que tiene con la raza de que desciende. Su cara lleva el sello de la bondad y de la calma, sabe escuchar, aunque es monarca, y sin embargo, fácilmente se encontraría un hombre mas eleuterio. No hay cuestion que no dilucide con notable superioridad, y es maravilloso oírle discutir acerca de política, de comercio, de literatura, de historia, de poesia, de ciencias naturales, ciencias físicas y de ciencias matemáticas. Hemos hablado con brasileños, hombres de mérito reconocido, apreciadores muy ilustrados y competentes, demasiado leales para exagerar nada, y todos sin escepcion hablan acerca de su príncipe con orgullo y entusiasmo. En este retrato, trazado según los recuerdos de conversaciones fugitivas, atenuamos y olvidamos sin duda, pero seguramente no añadimos nada. Este jóven príncipe habla y escribe perfectamente el francés, el inglés, el alemán, el español y el italiano. No hay uno de los numerosos viageros admitidos al honor de presentarle sus homenajes, con el cual no pueda conversar en su propia lengua, y usa gustosamente de este privilegio. Hay mas todavía; como habla á sus interlocutores, no solamente la lengua que comprenden, sino ademas la ciencia que les es familiar, todos se retiran encantados, pensando que esta cabeza enciclopédica tiene una corona, y que esta frente donde se encuentra el fruto de tantos doctos, se adoi-

na todavía con los cabellos rubios de un joven de veinte y seis años.

Los monarcas escriben raramente para el público y es difícil apreciarlos por las obras de su pluma; sin embargo, hemos podido ver en piezas diplomáticas publicadas en Rio Janeiro, acerca de la querella del Brasil con Rosas, algunos trozos de una conversacion del emperador con el ministro plenipotenciario de Buenos Aires, el general Guido. El mismo general es quien refiere esta entrevista á su gobierno, y ciertamente no puede sospecharse de lisonja hacia su augusto interlocutor; en presencia de un diplomático de una habilidad consumada, este joven sale siempre ventajosamente vencedor; resume la cuestion con una precision maravillosa y con una calma de hombre de Estado que no se detiene en las exageraciones. Recomienda una solucion pacífica, dejando entrever que no llevará hasta el último extremo la mano á la empuñadura de su espada, pues para esta alma elevada, los intereses de la humanidad son preferibles á los intereses de la gloria de sus armas. Leyendo estas preciosas revelaciones, sentimos un profundo respeto hacia este joven emperador tan sabio y tan sesudo, tan poco dado á las aventuras, y tan cuidadoso de la fortuna y de la vida de sus vasallos. La minoría de don Pedro II ha pasado en medio de las tormentas, y ha estado siempre amenazada por la anarquía; su espíritu reflexivo se instruyó profundamente en estos trastornos, que le enseñaron la manera de gobernar su vasto imperio y buscar los beneficios de la paz.

Felizmente para los nobles planes del emperador, el Brasil comienza á comprender, que su prosperidad presente y futura, que el inmenso desarrollo que está llamado á experimentar su poblacion, en comercio, en civilización, en luces, origen de todas las riquezas, dependen del sostenimiento de la paz y de la tranquilidad interior; con la paz, con el orden, con el afianzamiento de las instituciones liberales y conservadoras que posee, con el respeto á las leyes, no se podría indicar límites al magnífico porvenir que tiene reservado este país.

¿Se sabe lo que es el país del Brasil? Su bendecido suelo por el cielo produce casi sin cultura las plantas europeas, asiáticas y africanas: su clima es mas dulce que el de Nápoles y Cádiz: cuenta entre sus ciudades á Rio Janeiro, capital del imperio, uno de los puertos mas comerciales del mundo, con doscientas ochenta y seis mil almas de poblacion; á Bahia, con ciento cuarenta mil almas; á Fernambuco con setenta mil almas; á Maranhão con treinta y cinco mil almas; á Para, Santos, Puerto Alegre, Ceara, Macejo, Rio-Grande, Espiritu-Santo, Cottinguiba, Campos, y otras tantas ciudades bien pobladas, activas y florecientes. Ya hoy, disgustado de su espíritu revolucionario y cada vez mas dado á las instituciones monárquicas que le protegen, el Brasil, sale de la noche colonial en que está sumergido, y atrae sobre si la grave atencion del mundo. Todo engrandece, todo se acrecienta, todo prospera, y solamente Dios sabe donde se detendrá este progreso.

A la alta influencia del emperador se debe este mejoramiento tan notable; anima todas las empresas industriales, en la esfera administrativa, se aplica á realizar las mejoras materiales activando los trabajos públicos y perfeccionando la navegacion. Pero la grande obra de don Pedro II, obra á la vez humana y política, que será su título indudable de gloria á los ojos de Europa, es haber atacado de frente la preocupacion nacional de la necesidad de los esclavos ne-

gros, y de haberla vencido. Gracias á él, gracias á sus ministros y á las cámaras legisladoras del Rio Janeiro, la trata se ha suprimido definitivamente en el Brasil, pues la poblacion ha comprendido y aceptado la política imperial que tiene por divisa: *No mas trata de negros;—colonizacion europea.*

En este momento, este es el grito del Brasil entero. Los mismos agricultores, rebeldes hasta estos últimos tiempos á los anatemas de la filantropía, han abierto los ojos y se unen al gobierno y á las cámaras para pedir que se liberte al país de la lepra de la trata que los deshonra. Era preciso que sucediera así; era preciso que el país se asociase de corazon á las medidas del gobierno, pues hasta aquí, las leyes que se hacian no eran ejecutadas, y el pueblo que las creia perjudiciales á sus intereses, no tenia escrúpulo en infringirlas.

La política del emperador y de las cámaras brasileñas,

tralizados, y que cada provincia tiene su presupuesto particular, suma provisora de mas, y que tiende á acrecentarse en proporciones incalculables, pues la renta del Brasil proviene casi únicamente de la renta de las importaciones, renta que desde el advenimiento de don Pedro II, aumenta una décima parte lo menos todos los años. Con buenas rentas se pone con facilidad bajo un pie brillante el ejército y la marina. El ejército brasileño, que acaba de hacer sus pruebas de ardor y de disciplina en su corta campaña en la márgenes del Plata, cuenta veinte y seis mil combatientes, fuerza numérica mas que suficiente para hacer al Brasil infinitamente respetable á todos sus vecinos. Los negocios del Plata, del cual no decimos mas que una palabra incidental atestiguan la excelente política del Brasil, que á la ayuda de una simple demostracion militar, acaba de obtener durante el periodo de algunas semanas resultados que nunca habian podido esperar ni Francia ni Inglaterra.

El emperador don Pedro se ha unido en matrimonio el 30 de mayo de 1843, á la princesa Teresa Cristina Maria, hermana del rey de Nápoles, ángel de dulzura y de bondad: de esta union han nacido dos principes, que han muerto en la cuna y dos princesas, de las cuales, la mayor, Isabel Cristina Leopoldina, lleva el título de princesa imperial como heredera presunta de la corona.

Don Pedro tiene una estatura elevada y un poco grueso; tiene ojos azules y grandes; muy rubios el cabello y la barba: es un tipo septentrional, que parece procedente mas bien de la rubia Germania que de las calurosas latitudes de Rio Janeiro; bajo su piel blanca y trasparente se ve circular la sangre de las archiduquesas; pero el origen meridional del joven principe se revela en la elasticidad de sus movimientos: monta maravillosamente á caballo y se plega á todos los ejercicios del cuerpo; cuando reside en Rio Janeiro, se le ve por todas partes; en los bailes, en los teatros, en las ceremonias religiosas; pasa la estacion del verano en su palacio de Petrópolis, situado á ocho leguas de Rio Janeiro, nido de águila, elevado en las altas montañas que dominan la bahía. País rico y pintoresco, que no le cede en nada á los mas bellos parages de la Suiza.

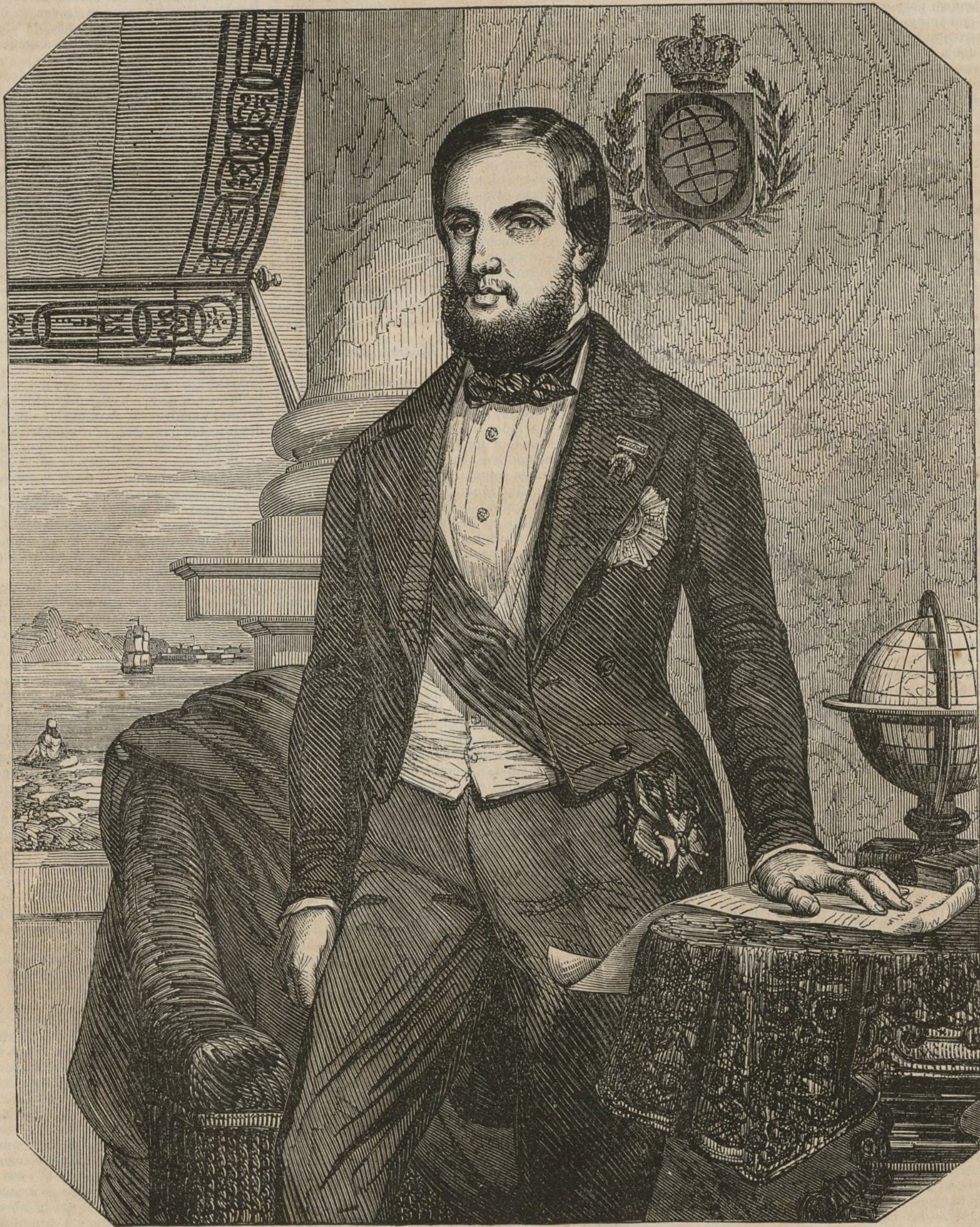
Es la real fantasía de la casa de Braganza, el colocar sus palacios de estío sobre los picos de las montañas, en Lisboa ó en Cintra; el emperador recibe dos veces á la semana á sus súbditos y á los extranjeros que solicitan hablar con él; habla á todo el mundo y escucha á todo el mundo con una benevolencia llena de dignidad. El monarca no desaparece

nunca en estas circunstancias; pero el monarca tiene siempre las maneras corteses de un perfecto caballero. Apasionado por la literatura, el joven principe preside asiduamente las sesiones del Instituto histórico y geográfico de Rio Janeiro, y su interés no aparece nunca mas vivamente escitado, que cuando oye la lectura de las memorias históricas ó literarias que se refieren á los orígenes de su imperio. La biblioteca particular, que posee mas de veinte mil volúmenes, está formada con un gusto esquisito.

Tal es don Pedro II. El Brasil que conoce sus eminentes cualidades de corazon y de ánimo, le respeta y le ama: el Brasil puede estar orgulloso con semejante soberano.

¡Feliz monarca que reina sobre tal país! ¡Dichoso país, que tiene la ventura de poseer semejante monarca!

C. R.



Don Pedro II, emperador del Brasil.

ha sido muy sencilla y muy juiciosa. No bastaba decretar la supresion de la trata; era necesario abrir á la agricultura nuevos dias y ofrecerle los medios de poder subsistir en una dilacion mas ó menos larga, sin el trabajo de los negros. Esta necesidad es la que ha provisto la legislatura, tomando medidas propias para atraer al Brasil los esclavos europeos. Dos leyes muy eficaces se han dictado con este fin en 1850; la que concierne á la concesion de las propiedades territoriales, y la otra regula el modo de la colonizacion; muchos ensayos practicados sobre estas nuevas bases, han dado los mas felices resultados. Se han creado pequeñas colonias, sobre todo en el Sur del imperio, y están en completa prosperidad.

El imperio del Brasil tiene hoy una renta anual de quinientos millones de reales, suma enorme cuando se piensa sobre todo en que un gran número de gastos están descen-

Lord Wellington.

Es imposible que la Inglaterra no tribute un doloroso recuerdo a la memoria del mas glorioso de sus hijos, del mas moderado de sus hombres de estado. Lord Wellington falleció el día 14 de setiembre de 1852; los periódicos ingleses no han cesado desde entonces de consagrar publicos testimonios de su admiración por este personage, y de su sentimiento por tan grande pérdida; en su elogio funebre se hace honorífica mención del mérito militar y del caracter politico del ilustre difunto, al cual ha levantado estatuas el reconocimiento nacional. Lord Wellington tuvo todas las cualidades sólidas, y el buen sentido que debe tener un militar de su clase. Lord Wellington ha sido considerado en su país, y en todas partes, como un hombre de guerra; este intimo concierto de todo un pueblo, no se funda en hechos imaginarios, sino en acciones reales y efectivas; es necesario un motivo plausible, y aun cuando éste no le constituya la grandeza del héroe, le constituye el buen éxito de sus empresas. El entusiasmo de Inglaterra no podia crear un grande hombre mas digno de su fortuna que el que perdió en setiembre del año anterior.

Lord Wellington en su país ha sido un árbitro respetado entre los partidos, sin haber sacrificado nunca el progreso razonable de las instituciones y los intereses legítimos que ellas deben proteger. «Si el duque de Wellington, dice un periódico whig, fue tory por nacimiento, por educacion, por convicción, fue siempre un hombre honrado y de un pensamiento elevado. Sostenía sus opiniones del mismo modo que hubiera defendido una fortaleza.»

Descendiente de una antigua familia establecida en Irlanda desde el tiempo de Enrique VIII, pero que no comenzó a brillar hasta fines del siglo último el duque de Wellington, que nació el 1.º de mayo de 1769, falleció a la edad de ochenta y tres años. Educado para la profesion de las armas, habiendo seguido los cursos de la escuela militar que existía en Angers antes de la revolucion francesa, apareció por vez primera en el campo de batalla en 1794 a la cabeza de una brigada unida a la expedición que el duque de York, hijo de Jorge III, mandaba aquel año en Holanda. De aquí pasó a la India, donde uno de sus hermanos, el marqués de Wellesley, la primera ilustración de su familia, era gobernador general. Investido con el mando de los ejércitos que destruyeron sucesivamente el poder de los Tipoo-Saib y el de los maratas, el duque de Wellington, conocido entonces bajo el nombre de sir Arturo Wellesley, vino a ser, en 1807, el general mas distinguido de Inglaterra. Habiéndose proporcionado los ingleses la cooperacion de Nizam, príncipe de los maratas, Wellesley fué colocado a la cabeza de las tropas aliadas, como ya hemos hemos dicho, bajo el mando en jefe de sir Harric.

Cuéntase que la primera acción, que fué muy empeñada, y consistió en el ataque de un bosque fortificado, el mismo hombre que habia de brillar mas adelante por su actitud friamente intrépida en medio del peligro, se mostró un tanto conmovido al escuchar el silbido de las balas indias, y se fué muy

agitado a dar parte a Mr. Harric del mal éxito de su expedición. Los biógrafos ingleses que refieren este hecho no se olvidan de recordar la historia de Federico II cuando huyó del campo de batalla en Molwitz. Pero añadiremos que el joven Wellesley, vuelto al día siguiente de su emoción, se apresuró a reparar su derrota apoderándose del malhadado bosque. El 4 de mayo de 1799, despues de un asalto de los mas peligrosos, los ingleses se apoderaron de Seringapatam, capital del reino de Maissour; Tipoo-Saib fué encontrado muerto bajo los escombros, y el joven Wellesley, uno de los primeros que entraron en la ciudad, quedó encargado de las funciones de gobernador. Al año siguiente derrotó a un gefe de partidarios, Hondiah-Wangh, que habia verificado una correría al territorio de la compañía con 5,000 hombres.

De vuelta a Europa, y colocado en 1808 a la cabeza del

con miss Catalina Packenhan, tercera hija de lord Longford, que falleció el 25 de abril de 1851, y de la cual tuvo dos hijos: el marqués de Douro, en este momento miembro de la cámara de los Comunes, y que es hoy duque de Wellington y par del Reino Unido, pero que no tiene hijos, y Mr. Carlos Wellesley, teniente coronel de ejército, que nació en 1808 y se caso en 1844 con la hija única del honorable H. Marners Pierrepont, que le ha dado cinco hijos, de los cuales viven cuatro.

La lista de los títulos honoríficos y de las dignidades del duque de Wellington ocuparía muchas páginas; nos limitaremos a decir que en 1808 no era mas que el caballero Wellesley, y en 1809 fué nombrado baron de Douro y vizconde de Wellington; en 1812 conde de Wellington, en el mes de febrero, y marqués de Wellington en agosto; en fin, en 1814

marqués de Douro y duque de Wellington. Fué en España duque de Ciudad-Rodrigo y grande de España de primera clase; en Portugal duque de Vitoria, marqués de Torres Vedras y conde de Vimieiro; en Holanda príncipe de Waterlool.

Ademas, el duque de Wellington era tambien feld-mariscal, coronel de los granaderos de la guardia, coronel en jefe de la brigada de los cazadores de infantería, caballero de la orden de la Jarretiera, caballero gran cruz de la orden del Baño y de todas las órdenes de Europa, lord-guarda de las cinco puertas, condestable de la Torre de Londres, lord-teniente del condado de Hants, canceller de la universidad de Oxford, feld-mariscal en Prusia y en Austria, etc.

Los diversos tratamientos de que gozaba el duque de Wellington, en razon de los altos empleos de que estaba revestido y las pensiones con que habia sido gratificado por los servicios hechos a su país, no ascendían a menos de 48,000 libras esterlinas.

El pueblo inglés no creía bastante pagados los servicios de su héroe con esta munificencia. A pesar de algunas escepciones memorables, ningún personage público ha sido objeto de un respeto mas universal. Los que hayan tenido ocasion, visitando a Londres, de encontrar al duque de Wellington atravesando las calles o los parques de esta gran ciudad, habrán visto los testimonios de esta adoracion popular. El duque exclamaba todo el mundo deteniéndose en una actitud respetuosa. Para los ingleses, un duque es un personage que junta un título al nombre de su familia. Este es un duque, pero Wellington era el duque.

Murió en Walmer-Castle, donde residia momentáneamente de lord-guarda de las cinco puertas. Al punto se espidió un despacho para anunciar el suceso a la reina y al príncipe Alberto, que se encontraban actualmente en Escocia. El despacho pedía las órdenes de la reina relativamente a la cuestion de saber si los funerales del duque serian públicos o privados. La respuesta fué que debían celebrarse públicamente: el príncipe Alberto asistió en persona a estos funerales, y las naves rusas, prusianas, suecas, noruegas, holandesas, españolas y portuguesas; izaron sus pabellones en señal de duelo.

El acta de defuncion de Arturo Wellesley, feld-mariscal, duque de Wellington, dice que murió a la edad de ochenta y tres años, y que la causa de su muerte fué la



Lord Wellington.

ejército que el gobierno británico envió a Portugal para defender este país contra la Francia, sir Arturo Wellesley conquistó sus mas brillantes títulos militares en la península española, y por una serie de campañas que terminaron bajo los muros de Tolosa en 1814. En fin, en 1815, mandaba en jefe el ejército inglés en la célebre batalla de Waterloo.

Desde esta época, el duque de Wellington no ha tomado parte en ninguna operación militar activa, pero ha ejercido durante muchos años las funciones de general en jefe, *commander in chief* de los ejércitos ingleses, y se hallaba investido de este título todavia el día de su muerte. También ha formado parte, como se sabe, de muchos ministerios, y especialmente de aquel que en 1827 hizo votar por el parlamento el acta de emancipacion política de los católicos irlandeses.

El duque de Wellington se casó el día 6 de abril de 1806

El duque de Wellington no deja mas que un viviente de los comisarios del famoso tratado de Viena: el principe de Metternich.

Una comedia en tres actos (1).

(Conclusion.)

ACTO SEGUNDO.

Sala.

ESCENA PRIMERA.

EL PAPA, LA MAMA y ELLA.

ESCENA II.

ESCENA II.

EL PAPA. (*Aparte.*) ¡Qué niñas, señor, qué niñas!

ACTO TERCERO.

Sala en casa de los novios.

ESCENA PRIMERA.

ELLA y UN AMIGO (*muy rico*).

EL AMIGO. Vd. que es un ángel, una mujer tan fascinadora, siempre condenada a tan precaria situación, sin poder ostentar en los bailes y en las reuniones de buen tono, esa

atrapé, le atrapé.

ESCENA II.

ESCENA II.

EL y ELLA.

EL. Vuelvase vd. a casa de sus papas y sera lo unico bueno que habra vd. hecho en toda su vida.

ESCENA III.

Dichos, el PAPA, la MAMA y luego el AMIGO.

EPÍLOGO

EPÍLOGO.

En el portal.—Tres dias despues.

EL AGUADOR, (*á la criada*). Dime, muchacha, que pasa en casa de tus amos que todo anda revuelto y patas arriba.

LA CRIADA. Abur.
EL AGUADOR. Abur.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

Variedades.

dicial á la verdad muy interesante, que el código civil res-
veria de otro modo que no el sentimiento militar.

La huérfana del Pirineo (I).

(Continuación del capítulo XXI.)

Quitóse la corona que sujetaba las largas trenzas de sus cabellos empapados aun con la humedad de la niebla, se despojó asimismo de sus collares, brazaletes y anillos, y todo esto con una calma aterradora, colocando las joyas en sus respectivos estuches con el mismo cuidado con que pudiera hacerlo una camarista vividora y concienzuda.

Algun pensamiento siniestro debía bullir en aquella cabeza inclinada hacia la mesa en donde iba amontonando cajas de distintas formas que encerraban aquellos preciosos aderezos.

Quedóse, pues, con solo el traje verde oscuro, el cual escotado en demasía, dejaba descubiertos hombros, espaldas y gran parte del seno. Las ventanas estaban abiertas de par en par, y un frío intenso entraba por ellas: pero Carolina ni siquiera lo sentía.

—¡Mary! gritó entreabriendo la puerta.

Presentóse la joven que ya conocemos.

—Voy a ausentarme por un par de horas: si durante mi ausencia viene alguno a buscarme, le dirás que me espere.

—¿Desea la señora cambiar de traje? preguntó la camarista.

—No: así estoy bien.

—¿Y va a ponerse en camino tan desabrigada, cuando el frío me hace titubear?

—Yo no lo tengo, Mary, contestó Carolina con sordo acento; ni creo que lo experimentaré en mucho tiempo. Ya has recibido mis órdenes: vete, y haz que preparen mi mula y que suba Pedro el pastor: tengo que hablarle.

Mary se marchó, y al poco tiempo apareció el montañés en el umbral de la puerta.

—Entra amigo mío, entra, le dijo con dulce voz. Se me olvidó cumplir lo prometido. Ahí tienes el oro que te ofrecí.

—Señora, contestó éste: yo estoy mas que suficientemente pagado con lo que antes me disteis.

—No importa, no importa: recibe lo que te den: tal vez llegue un día en que desees recibir, y no encuentres quien te dé.

El pastor tomó la moneda y mirando a Carolina le dijo:

—Tengo que pedirte un favor, señora: un favor muy grande.

—Te concedo cuanto pidas siempre que de mí dependa.

—Permítame señora, besar una mano tan benéfica.

Carolina se sonrió tristemente y alargó su hermosa mano. Escúchame Pedro: le dijo cuando el pastor hubo posado sus labios en los dedos de Carolina. Yo necesito un hombre leal, reservado y animoso.

—Contad en ese caso conmigo, señora: contestó el pastor con el entusiasmo del agradecimiento.

—Cuento pues contigo. Dime: ¿has oído hablar alguna vez de cierta hechicera que habita en estas cercanías y que se llama la Atsó-gorria, sino me engaño?

—Si señora, contestó Pedro poniéndose pálido.

—¿Sabes los parages que frecuenta?

—He oído decir que habita en el despeñadero de Arlecu, junto al nacimiento del Ur-epel.

—Muy bien: ¿y es tan hábil como cuentan?

—Esa muger lo sabe todo, señora.

—¡Ah! exclamó Carolina. Yo apuesto que no.

—Creedme señora, dijo el supersticioso pastor. A la Atsó-gorria nada se le oculta.

—Es lo que vamos a ver ahora mismo.

—Como, señora, repuso Pedro abriendo los ojos desmesuradamente al oír tan inesperada proposición. ¿Estais en vos?

—Es un capricho: que quieres: tanto he oído hablar de esa bruja, que tengo curiosidad de conocerla. Tú me acompañaras.

—¿Yo? dijo Pedro retrocediendo hasta la pared del salón como si hubiera visto una serpiente.

—¿Tienes miedo? dijo Carolina lanzándole una mirada irónica. En tal caso iré yo sola.

—¡Oh! eso no: yo acompañaré hasta el mismo infierno; pero mirad bien lo que hacéis.

—Lo tengo muy pensado y definitivamente resuelto. Con que vámonos, pues te juro que estoy impaciente por conocerla.

Pedro salió precediendo a su señora, la cual a pesar de las instancias de toda su servidumbre para que procurara abrigarse algún tanto, montó en la mula y se alejó de la casa acompañada del pastor, diciendo:

—Necesito recibir el viento fresco de las montañas: allí arriba me sofocaba.

Todos los que servían a Mad. de Bréssens, comprendieron que algún acontecimiento extraordinario había sucedido que motivase cuanto habían presenciado aquella mañana.

Al cabo de una hora de silenciosa marcha, paróse el pastor en la cumbre de una montaña cuya base estaba cubierta de niebla blanca y espesa.

—¿Hemos llegado ya? preguntó Carolina.

—Aun no; pero pronto llegaremos. Al pie de este monte nace el Ur-epel.

—Pues marchemos.

—La bajada a caballo es sumamente peligrosa.

—Marcharemos a pie.

Y dicho esto desmontó resueltamente de la mula.

—Señora: os vais a lastimar los pies con los guijarros y la maleza.

—Mis dolores de hoy, Pedro, se acallan ante mi curiosidad.

—El vestido os quedará inservible con los lodazales.

—Te lo regalaré para que te hagas con el un traje de domingo.

—Como gustéis, señora: ¿con que es cosa resuelta?

—¿No te he dicho ya que sí?

—Pues a la mano de Dios, dijo Pedro, y comenzó a caminar monte abajo murmurando contra la curiosidad de las mugeres.

Como el pastor lo había previsto, la bajada era penosa. Redondas piedras llenaban el angosto sendero por el cual caminaba Mad. Bréssens, alta la frente, firme el paso, insensible al frío, al cansancio y al dolor.

Los guijarros rodaban al menor empuje: uno de ellos fué a caer muy cerca de la Atsó-gorria mientras sostenía con Félix y Gaspar la conversacion que ya conocemos: comprendió que alguien se acercaba a aquellos lugares, y no queriendo ser vista en compañía de aquellos montañeses, cortó, como hemos notado la conversacion y se encerró en su cabaña esperando los sucesos.

(I) Véase el número anterior.

Santiago dormía profundamente tendido sobre una cama de picles: la Atsó-gorria lo besó en la frente.

Félix y Gaspar caminaban por el lado opuesto de la montaña: la niebla los había envuelto en sus pliegues.

(Se continuará.)

El rey de la isla de Córcega.

Entre la multitud de aventureros que sin hacer nada bueno, llegan a fuerza de valor y de audacia a manejar a los hombres en provecho de su ambición, ninguno ha rayado mas alto ni tenido una existencia mas extraordinaria que el baron Teodoro de Neuhoof. Tan pronto oficial, como diplomático, ó hacendista; rey, guerrero, preso por deudas, ó indigente; el baron de Neuhoof ha gozado de todos los bienes, de todos los honores, lo mismo que ha pasado por todas las vicisitudes y desgracias de la vida humana.

La existencia poco conocida de este hombre singular es la que nos proponemos referir. Ayudado por la fortuna hubiera inscrito su nombre al lado de los grandes hombres; perseguido por los reveses, la historia le considerará siempre como un aventurero.

La isla de Córcega hasta su union definitiva a la Francia, había sido siempre presa de la anarquía. Sus habitantes, descendientes de los cartagineses y de los árabes, habían conservado en sus montañas toda la rudeza primitiva. Valientes pero vengativos, sencillos pero orgullosos, se dividían en facciones mortalmente enemigas, y siempre en guerras entre sí.

Los genoveses se establecieron en Córcega en el siglo XIV. Su dominación fué fácil de destruir; pero fatigados de los movimientos incansables de que era teatro la isla, adoptaron un sistema de severidad que había de dar funestos resultados a su conquista. Su política en general dura, y en particular cruel, escitaba contra ellos el odio de los habitantes cuya historia no es otra cosa que una serie de tentativas hechas para sustraerse al yugo de la orgullosa república. Uno de estos ensayos se verificó hacia mediados del siglo XVIII. En 1753, algunos habitantes de la isla, que en la larga sucesión de discordias civiles habían adquirido alguna autoridad sobre sus conciudadanos, combocaron una asamblea general de la nación. Allí se resolvió libertarse de la dominación extranjera; se quemaron las leyes genovesas, y dos gefes, Paoli y Gíafferi, fueron elegidos representantes de un gobierno semi-monárquico y semi-republicano.

Paoli y Gíafferi administraron el nuevo estado cinco meses solamente, hasta que el baron de Neuhoof fué elegido rey de Córcega por la nación entera.

Teodoro de Neuhoof, baron sin baronía, nació en Francia. Su padre, caballero poco feliz del condado de la Mark en Westphalia, se había visto precisado a abandonar su patria y a establecerse en la Lorena, donde la duquesa de Orleans le consiguió un destino, en el que murió joven todavía, dejando una hija y un hijo de corta edad. La duquesa de Orleans recogió estos dos niños. Educó a la niña en su casa y la casó en seguida con el marqués de Trevoux. En cuanto al hijo, nombrado page de la duquesa, obtuvo mas tarde una compañía en el regimiento de la Mark.

Teodoro de Neuhoof, era alto y bien formado: su aire noble, su figura distinguida, y sus elegantísimos modales previan en su favor. Tenía una afición al lujo y la riqueza en disonancia con su mediana fortuna. Sus deudas y su mala conducta le obligaron a abandonar la compañía. Dotado de un espíritu ardiente y emprendedor resolvió buscar fortuna como simple aventurero.

En esta época, el rey de Suecia, Carlos XII, por sus victorias, su audacia y su intrepidez llamaba la atención de Europa y hacia célebre su nombre. El baron de Neuhoof creyó que con tal maestro podría hallar campo a su actividad, y marchó a Stockholm. El baron de Goertz, ministro de Carlos XII, acogió al joven baron; pero adivinando su carácter y encontrándole mas apto para la intriga que para la guerra, en vez de admitirle en el ejército le empleó como agente secreto en las negociaciones que la corte de Suecia seguía con el cardenal Alberoni para restablecer al heredero de los Stuart en el trono de Inglaterra. El baron desempeñó con buen éxito muchos encargos del ministro sueco, tanto en Madrid como en Londres. Ya se hallaba en estado de recoger el premio de su sagacidad e inteligencia, cuando la muerte de Carlos XII y el triste fin de su ministro le dejaron sin recompensa. Teodoro, burlado en sus esperanzas por todos estos sucesos no tenía nada que hacer en Suecia: así, pues, marchó a Madrid. Alberoni no había olvidado la misión clandestina de que estuviera encargado el baron cerca de él, y recibíendole con benevolencia le dió un regimiento, nombrándole coronel. Sagaz e insinuante, el baron de Neuhoof se dedicó a conseguir el favor de los hombres influyentes de la corte de España. Hizo servicios sin ser solicitados, no admitió las recompensas, y se compuso de modo que el duque de Ripperda, sucesor del cardenal, le casó con Lady Yorsfield, hija de un lord y dama de honor de la Reina.

Esta alianza abrió al baron de Neuhoof un brillante porvenir; pero su espíritu inquieto le hizo cambiar bien pronto de teatro. Un mes despues de su matrimonio abandonó a su esposa, y se vió en París complicado en las especulaciones de Law.

Las simpatías secretas que unen a todos los hombres singulares entre sí, le unían en poco tiempo enteramente con el hacendista escocés. Este fué el que le ayudó a poner en práctica sus instituciones de crédito, y cuando Law, nombrado interventor general de Hacienda, ocupaba, por decirlo así, el primer puesto del Estado, sus aduladores tenían tanta deferencia a Teodoro como respeto a Law. Sabido es el triste resultado del banco nuevo: la caída del autor del sistema de hacienda que arruinó a la Francia, dejó al baron de Neuhoof sin recursos. Imitó a su émulo y se fué de París.

Despues de esta catástrofe que desde el poder le precipitaba en la miseria, Teodoro estuvo indeciso sobre el partido que debía tomar. Abandonándose a su suerte, corrió diversos países de Europa, dejando en todas partes deudas que satisfacer y favores que pagar. Así vagó muchos años sin encontrar una ocasión de rehabilitar su fortuna, y ya se desvanecían sus esperanzas, cuando gracias a una intriga en que estaban comprometidas muchas damas de la corte del empera-

dor Carlos VI, obtuvo de este soberano una misión diplomática y llegó a Florencia revestido del carácter de ministro residente.

Otro hombre que el baron de Neuhoof, hubiera encontrado en semejante posición el colmo de sus deseos. Pero no le sucedió a él semejante cosa: sea que un secreto presentimiento le dijese que subiría mas, sea que la inconstancia de su carácter le hiciera incapaz de permanecer en la calma de un destino, ello es que no tardó en abandonar su cargo de ministro del Imperio, y volvió a recorrer la Italia otra vez como aventurero. Llegó pues a Génova, donde empieza la parte mas singular y atrevida de su existencia.

Existía en Génova un fraile corso, llamado Rafaele, a quien Teodoro encontró por casualidad. Con este fraile habló de la situación de Córcega oprimida por los genoveses, manifestando gran interés por las desgracias de aquel país. Lisonjeado de encontrar un alma simpática a sus dolores, el fraile concibió una alta idea del baron y le propuso ponerle en comunicacion con algunos corsos que vivían ocultos en los alrededores de la ciudad. Teodoro aceptó y tuvo varias conferencias con estos proscripciones, muchos de los cuales ejercían una gran influencia en su país. Como todos los hombres atrevidos, Teodoro tenía una elocuencia fácil y persuasiva. Desprovisto de genio, pero dotado de travesura y talento, poseía la habilidad de empezar dichosamente cualquier empresa por osada que fuese, si bien no tenía toda la fuerza suficiente para continuarla y concluirla. No le fué difícil, pues, captarse la benevolencia de sus amigos. Les habló de la necesidad de nombrar un gobierno fuerte, para luchar con ventaja contra la supremacía de Génova, exageró con intencion, las fuerzas, los resortes, los medios que les había dado la naturaleza, y les mostró cuan fácil sería vencer a los genoveses con un gefe hábil a su cabeza. Al mismo tiempo les ponderó sus relaciones en las diversas cortes de Europa, su crédito con muchos soberanos, y por último, su habilidad y su talento, mirándose a sí mismo como el hombre que necesitaban. Los corsos se entusiasmaron pronto, y por consiguiente pronto se persuadieron. La seguridad de Teodoro, la autoridad que sabía dar a sus palabras, había seducido a sus interlocutores, y la coincidencia de haber sido puestos en libertad algunos de sus compatriotas detenidos en la ciudadela de Savona, en ocasión de haber Teodoro prometido hacer valer su influencia, los convenció mas y mas. Le miraron pues, como un hombre poderoso, y pidieron fuese su protector en la seguridad de que ellos obligarian al país a darle el poder supremo. Teodoro les agradeció esta confianza, les encargó que volvieran a Córcega para preparar al pueblo para recibirle, y les dijo, que por su parte, iba a visitar las cortes de Europa, a fin de obtener los recursos con que contaba para librar a la isla del poder de los genoveses.

Apenas subió al trono Teodoro, se rodeó de toda la magnificencia real. Creó nobles, organizó una guardia de su persona, formada de 400 soldados, nombró secretarios de Estado, é instituyó una orden de caballería bajo el nombre de *Orden de la Salvación*, de que confirió las insignias a los principales gefes de las familias de la isla.

Presentándose a los ojos de los corsos como omnipotente, Teodoro ignoraba por qué medios se procuraria los socorros que había prometido, si bien contaba con su ingenio fecundo y atrevido. Presentóse como enviado de Córcega, y visitó toda la Europa interesando a los diferentes soberanos en las desgracias de la isla y en su propia fortuna. Todo fué en vano. En ningún país obtuvieron resultado sus peticiones. Por último marchó a Constantinopla, donde encontró mejor acogida. El gran señor le dió dinero y pareció dispuesto a secundar sus proyectos; pero la lentitud con que procedía la Puerta le impacientaba; sin esperar, pues, su decisión, abandonó la Turquía y fué a proponer al bey de Tunez la soberanía de la Córcega si quería darle solamente un barco de diez cañones, 4000 fusiles, 500 pistolas, 1,000 zequis y algunas provisiones. ¿Por qué medios conducía Teodoro esta importante negociación? ¿Cómo prometía a la regencia de Tunez lanzarse en una empresa política de tal importancia con su sola promesa? Esto es lo que se ignora. El hecho es que el bey concedió todo. Pocas semanas despues se armó el barco; Teodoro tomó posesion de él, y navegando con el pabellon inglés llegó a Liorna. Su primer deseo fué vender el barco y hacer un gran negocio; pero escribió a sus amigos de Córcega para anunciarlos que estaba en camino para cumplir sus promesas.

Hacia tres años que Teodoro había salido de Génova. Los corsos le habían esperado largo tiempo, y no contando ya con él, trataron de hacerse libres por sus propios esfuerzos. Pusieron a su isla bajo la proteccion de la Santa Virgen, y nombraron a Paoli y Gíafferi generalísimos, como hemos dicho antes. Las cartas de Teodoro, que anunciaban tener a su disposición inmensos tesoros y la proteccion de muchas cortes extranjeras, produjeron entusiasmo en la isla. El aventurero les avisó que no tardarian en verle, previniéndoles que para premiar sus servicios los corsos le aclamaran soberano.

Teodoro, seguido de cinco ó seis personas llegó el 15 de marzo de 1756 al puerto de Aleria en un pequeño barco mercante. Los principales habitantes salieron a recibirle y le condujeron en triunfo al palacio Cervione en Campolono. Sabiendo cuanto gusta la multitud de cosas extraordinarias, se había vestido con un turbante con largas franjas de oro, un traje griego color de escarlata con arminios, y había puesto a sus compañeros trajes magníficos. Apenas puso el pie en tierra, arrojó al pueblo monedas de varias clases, y a fin de imponer y dar idea de su magestad, Teodoro acumuló todos sus títulos despues de su nombre: se nombró príncipe de Francia, grande de España, príncipe de la Iglesia y baron de Inglaterra. Durante los primeros dias de su llegada, cada mañana los correos que venían de Liorna traían pretendidos despachos de las potencias de Europa y Africa.

Esta pompa, unida a la dignidad que afectaba y los elogios que sus antiguos amigos de Génova hacían de su mérito, el crédito que segun se creía tenía con las potencias extranjeras, sus riquezas supuestas y su gran desfachatez fascinaron al pueblo. El baron, pues, fué proclamado rey con el nombre de Teodoro I en una asamblea general de la nación, que se verificó el 15 de abril de 1756 en Alezain; presentóse a Teodoro una ley fundamental, que constituía la Córcega en reino y aseguraba a sus descendientes varones ó hembras la herencia del trono. El juró observar este pacto y fué coronado algunos dias despues en la iglesia de los Recoletos de Tavagna.

La existencia de Teodoro podría dividirse en dos partes bien distintas. En efecto, si desde el principio le hemos visto elevarse gradualmente en medio de todas las vicisitudes inherentes a una vida de intrigas, y llegar por último al trono, también le veremos descender poco a poco desde tan alto puesto hasta terminar sus días en la oscuridad de la indigencia.

El baron rey no olvidó que había prometido a los corsos la libertad de su territorio. El entusiasmo que inspiró su llegada y que había crecido con su magnificencia, le permitió formar un ejército considerable. Se puso pues a su cabeza, atacó a los genoveses, y los encerró al poco tiempo en sus plazas marítimas. Desgraciadamente no pudo llevar mas lejos sus primeros triunfos, le faltaban los medios para sitiar las plazas bien defendidas.

Durante este tiempo, los genoveses habían recibido socorros, y tomando la defensiva encerraron a los corsos en los montes. El pueblo murmuraba, y su descontento llegaba hasta el mismo rey, que habiendo agotado sus recursos, tuvo que manifestar su estado deplorable. Por otra parte, el clero le alarmó con sus discursos libres sobre religión, y mas libres todavía sobre las costumbres: poco a poco sucedió el desaliento al entusiasmo en todos los corazones.

Una aventura ocurrida en esta época, demostró a Teodoro lo dispuesto que estaba el pueblo a cambiar de sentimientos respecto a su persona. Paseándose una mañana alrededor de su palacio, vio a una joven plebea cuya belleza le había seducido. Siguióla muchos días manifestándola en términos precisos su amor; de manera que la joven hubiera sucumbido a no ser por su hermano, soldado de la guardia, que tuvo conocimiento de esta intriga. Buscó a su hermana, la reprendió su conducta, amenazándola con matarla si seguía viendo al rey, la dio una buena paliza. Teodoro estaba comiendo con sus generales cuando supo los malos tratamientos que sufría la muchacha. Dió orden de traer a su presencia al soldado, y cuando llegó le afeó su proceder. El soldado sin desconcertarse respondió al monarca con tono arrogante. Teodoro mandó prenderle, y viendo que había dificultad para cumplir su orden, se levantó de la mesa para hacerlo por sí mismo. El soldado cogió una silla y amenazó al rey con tirársela si le tocaba. Los generales se pusieron entre ellos, y dieron orden de prender al soldado; pero éste llamando a sus camaradas se puso en defensa. La guardia real pensaba hacer una mala jugada al rey, tanto que Teodoro mismo tuvo que saltar por una ventana, y no volver a palacio hasta que pasó el tumulto.

Esta escena y algunas otras del mismo género, probaron al rey que había perdido el amor de sus súbditos. Por todas partes se hablaba mal de él; se le decían chistes insolentes,

y todos le pedían cuentas de sus promesas. Teodoro contrajo deudas para vivir, y en vista de su situación se decidió a abandonar temporalmente su corona. Convocó a los diputados de todos los distritos, y les anunció que abandonaba la Córcega para buscar socorros que le habían sido prometidos, y que no habían llegado, y les confió la regencia del reino durante su ausencia. Después, sin esperar la respuesta, el mismo día se embarcó en un navio provenzal, disfrazado de sacerdote para no ser conocido en su fuga, y se alejó de la isla. Hacía ocho meses que Teodoro había sido coronado.

Esta partida forzosa ponía a Teodoro en un conflicto, y como se verá fué perjudicial para su libertad. Conocido en todas las ciudades del mundo, le era difícil buscar nuevas aventuras esponiéndose al mal humor de sus numerosos acreedores. Después de haber visitado Roma, Turin y Paris, donde la policía le amenazaba con el Fort l'Eveque, Teodoro tuvo la desdichada idea de pasar por Amsterdam. Debía a muchas personas de esta ciudad sumas considerables; así es que el mismo día de su llegada sus acreedores le prendieron.

Pasar de un palacio a una cárcel por deudas, era cosa para intimidar al mas valiente. Pero para Teodoro, un reves inesperado no era nada. Pensó en los medios de escaparse, y no tardó en presentarse la ocasión. Teodoro tenía por compañero de prision a un hombre condenado por delito de usura, a quien un negociante judío, presidente de una rica compañía de comerciantes, iba a visitar periódicamente. Teodoro se relacionó con el comerciante: le pintó su posición con los colores mas vivos, ponderó el amor de sus súbditos, desplegó todos los recursos de su ingenio para captar su interés, y le prometió si quería ayudarle a recobrar su reino, abandonarle el monopolio del comercio de la isla. El crédulo judío se dejó coger en la red, y pagando las deudas de Teodoro, puso a su disposición dos navios cargados de armas y municiones; 5.000.000 de francos, y una fragata armada en guerra.

Teodoro salió de la cárcel mas atrevido que nunca: se embarcó en la fragata y fué a Argel y Tunez, donde sacó algunas sumas de las cajas del dey y de la regencia; recogió en Liorna sus dos buques, y llegó a Córcega en setiembre de 1757. A la noticia de su arribo, salieron a recibirle algunos de sus partidarios: pero las fuerzas francesas, que a las órdenes del conde de Boissieu ocupaban entonces la isla, intimidaron al rey, el que juzgó prudente no desembarcar y fué con su fragata a sitiar por mar a la ciudad de Ajaccio. Una tempestad violenta estalló en la travesía: y la fragata, no pudiendo arribar a Ajaccio, impulsada por el viento fué a parar a la rada de Nápoles. Teodoro se alojó en casa del cónsul de los Estados generales: mas, el gobernador de la

ciudad le prendió y le encarceló en Gaeta. Su detención fué corta; pero su estrella palidecía: la fortuna dejó de favorecerle: su fragata había sido confiscada: sus dos trasportes capturados, y le era imposible volver a Córcega. No por eso perdía Teodoro el valor: escribió a los judíos de Amsterdam que necesitaba nuevos socorros y su petición quedó sin respuesta. Dirigióse a Londres, y obligó con sus intrigas al gabinete británico a que se interesara en sus proyectos.

El gobierno inglés, descontento de los genoveses y fiel a la política que ha seguido en todos tiempos, secundó por bajo de cuerda los planes de Teodoro a fin de suscitar dificultades a la república de Génova. Al año siguiente, el soberano destronado llegó a la costa de la isla Roja con dos buques ingleses, anunciando a los corsos que tenía la protección de la Inglaterra, lo que se creyó fácilmente viéndole llegar con navios de guerra de esta nación. Sin embargo, nadie se fió de sus promesas, y la isla no aceptó ninguna de sus proposiciones.

Teodoro volvió a Londres donde le esperaba otra nueva desgracia. Mientras buscaba los medios para provocar un nuevo armamento en su favor, sus acreedores le hicieron sufrir la misma suerte que en Holanda: fué preso por deudas, y así pasó muchos años. Gracias a la protección del ministro, Horacio Walpole, abrióse en su favor una suscripción, y su producto bastó para pagar a sus acreedores dejándoles su reino en hipoteca. Algunos módicos recursos que obtuvo al mismo tiempo del ministro le permitieron vivir modestamente en Londres. Sea que la edad y los reveses habían abatido su energía, sea que le era ya imposible abusar de la credulidad, desde aquel momento no dió que hablar Teodoro. Murió en 1746, a la edad de 60 años y fué enterrado en el cementerio de la iglesia de Santa Ana de Westminster.

Voltaire dice que Walpole le hizo levantar un sencillo monumento con esta inscripción:

«La fortuna le dió un reino y le negó el pan.»

Pero el epitafio que se lee todavía en su tumba dice así:

«Cerca de este sitio está inhumado Teodoro, rey de Córcega, que falleció en esta parroquia el 11 de diciembre de 1746, apenas salió de la prision por deudas, y después de haber cedido su reino a sus acreedores para la seguridad de su cobro.»

L. M. DE L.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.

Los misterios del teatro.

PRIMERA PARTE.—PROSCENIO.



El manuscrito vuelve de la censura con algunas ligeras correcciones.



El anuncio.—Es preciso que los caracteres sean mas gruesos.



Autor, ¿Qué tal ha recibido el público este segundo acto?—Muy bien; todos los amigos lo han aplaudido y te llamarán a la escena.



Un autor que acecha al director de escena para hablarle de su drama.



La recibo, señor autor; pero a condición de que no ha de escribir vd. otra.



Antesala de un beneficiado: el gefe de los revendedores no espera.



Instrucciones.—Se me debe aplaudir al final de la escena tercera del segundo acto, y debo ser llamado al final del drama.



El autor de escena representa todos los papeles con un mismo traje.

(Se continuará.)